

GASPAR CHAVERRA
(LUCRECIO VÉLEZ BARRIENTOS)

RARA AVIS
NOVELA (1911)

*Comprometidos con
el medioambiente*

GASPAR CHAVERRA
(LUCRECIO VÉLEZ BARRIENTOS)

RARA AVIS
NOVELA (1911)



MEDELLÍN - COLOMBIA, 2020

Chaverra, Gaspar, 1850-1925

Rara avis / Gaspar Chaverra. – Medellín: Editorial EAFIT, 2020

196 p.; 21 cm. – (Colección Rescates)

Originalmente publicada: Medellín: Librería Restrepo, 1911

ISBN 978-958-720-656-2

ISBN: 978-958-720-657-9 (versión EPUB)

1. Novela colombiana. I.Tít. II. Serie.

C861 cd 23 ed.

C512

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

RARA AVIS

Primera edición: Medellín MCMXI (1911)

Editado por Librería Restrepo-Medellín

COLECCIÓN RESCATES

Primera edición en la colección Rescates

© GASPAR CHAVERRA (LUCRECIO VÉLEZ BARRIENTOS)

© EDITORIAL EAFIT

CARRERA 49 No. 7 SUR - 50 TEL. 261 95 23, MEDELLÍN

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

EDITORA: Claudia Ivonne Giraldo G.

CORRECTOR DE PRUEBA: Cristian Suárez Giraldo

DISEÑO DE COLECCIÓN: Alina Giraldo Yepes

ILUSTRACIÓN CARÁTULA Y GUARDAS: Alejandro García

ISBN: 978-958-720-656-2

ISBN: 978-958-720-657-9 (versión EPUB)

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

NOTA DE LA EDITORA

Publicada por primera vez en 1911, *Rara Avis* conserva la actualidad y vigencia suficientes para que el público, más de cien años después, reconozca en ella la profunda preocupación de su autor por eso que llamamos “el alma humana”, esa suma de alturas y bajezas que develan los personajes que le dan vida a la trama. Si en ese aspecto es actual, en cambio nos retrata a una Medellín que ya no está, que se fue definitivamente y que solo la fotografía o la literatura de buena raigambre logran revivir para hacernos pasar una rica temporada en el pasado. Con la ciudad nos regresa a las costumbres de las gentes que vivían en este pueblo grande, sus intereses, preocupaciones y modos de entender el mundo.

Esta novela de asunto, al parecer intrascendental –las intrigas y conspiraciones de los parientes lejanos de un rico solterón para hacerse con su herencia, para demostrarle al viejo enfermo, por medio de zalamerías y falsos afectos, que son merecedores de ella–, logra, según advierte Jorge Alberto Naranjo, tener al lector pendiente de la trama y sostener el interés hasta el final, como toda buena novela de intriga.

El lenguaje que utiliza Lucrecio Vélez Barrientos, o Gaspar Chaverra, ya para la fecha de su publicación se “siente” intencionalmente arcaico. Expresiones en latín “provenientes del de-

recho romano casi todas”, según Jorge Alberto, y otras palabras y expresiones que estuvieron en uso a comienzos del siglo XIX, hacen pensar que el autor de *Rara avis* “añorara” el pasado que queda atrás, una nostalgia por el tiempo en que fuimos también la España colonial, que se percibe como mejor, más noble y seguro. De esa nostalgia habla la descripción de la vieja hacienda, Palenque, en donde vive don Luis Benavides en compañía de una pareja de negros libertos, que son sus únicos afectos y que lo quieren como a un amo, como a un padre y un poco más.

Parientes mezquinos y modernidades que empiezan a confundir las ideas de las gentes de la apacible ciudad son el argumento sobre el que apuntala el autor su crítica social y religiosa, su defensa de unos profundos valores cristianos sin mojigaterías y falsedades, de los que la riqueza y corrección del lenguaje empleado dan cuenta.

Esa riqueza léxica, que en principio puede ser un impedimento para que los lectores contemporáneos comprendan la trama y el argumento, es uno de los grandes tesoros de la novela de Chaverra. Creemos, como Jorge Alberto Naranjo, que el autor se encargó en cada caso de contextualizar las palabras “raras” y, por tanto, nuestra decisión fue no agregar un vocabulario al final del libro a fin de “facilitarles” la lectura a quienes enfrenten este delicioso revivir de nuestro pasado, pese a ser tan actual, tan presente.

Esperamos que esta rara ave de nuestra literatura y ese personaje entrañable, don Luis Benavides —a pesar de no hablar casi en la novela—, sigan demostrando las razones por las que nuestra literatura pasada debe ser rescatada del olvido, como se rescata una historia familiar largamente añorada. Una filiación que nos haga comprendernos, conocernos y, por qué no, con luces y sombras, enorgullecernos.

PRESENTACIÓN

Lucrecio Vélez Barrientos, *Gaspar Chaverra* (Bello, 4 de febrero de 1850 – Medellín, 15 de noviembre de 1925) está en el Museo Cementerio San Pedro de Medellín: en su tumba, solemne, bella y lánguida como muchas en su época, una mujer se arrodilla mientras se apoya con sus codos en la mesa del mausoleo, y con sus manos en oración se dirige a un Cristo crucificado que tiene en frente. Entre sus vecinos cercanos y lejanos están Jorge Isaacs, Manuel Uribe Ángel, María Cano, Juan José Botero, Efe Gómez, Ciro Mendía, Fidel Cano, César Uribe Piedrahíta, y Epifanio Mejía (por lo menos hasta el año 2000, cuando sus restos fueron trasladados a Yarumal, su tierra natal). Quizás para muchos lectores represente poco o sea indiferente alguna de estas tumbas; y prefieran, mejor, abrazar la presencia viva de las obras. Para otros, por qué no, en estas tumbas permanece parte de la memoria literaria de una cultura y un territorio. La muerte y sus monumentos nunca se han reducido a una mirada; al contrario, así como cada persona es una vida, también es una muerte, y a nuestros ojos *revive* y *remueve* el mundo cada vez.

Si redujéramos nuestras lecturas a eso que los cánones literarios denominan “grandes” o “mayores” escritores, entonces

mucha de la literatura se silenciaría sin remedio. Pues, para seguir con los opuestos, si dejáramos de lado a los “pequeños” o “menores” autores sucedería que tendríamos solo ante nosotros las “cimas”, los “picos”. Nuestra realidad de lecturas estaría hecha de “alturas”, de “resplandores”; y entre tantas alturas y resplandores, quizás de algunos “mareos” y “encandilamientos”. Esos pequeños o menores, a nuestro parecer, son el camino a esas alturas. Son raíz y estructura de tradición. Y eso es lo que sustenta esta COLECCIÓN RESCATES, y este nuevo volumen dedicado a la reedición de *Rara Avis* (1911) de Gaspar Chaverra.

Junto a ese narrador cimero que es Tomás Carrasquilla, hay en la primera mitad del siglo XX en Antioquia importantísimos creadores de historias: amenos, ingeniosos, agudos. Los mismos Efe Gómez y Ciro Mendía, por ejemplo. Pero hay otros, menos conocidos, que son iluminadores para entender una época, ya sea por la moral de sus personajes y las tensiones entre ellos (distancias sociales, jerarquías culturales, abismos económicos, prejuicios morales), como por las construcciones de un estilo: las obsesiones de un autor, aquello que oculta o evade, las insistencias y reiteraciones de ideas y opiniones, y cada una de sus decisiones en la configuración interna y visible de sus historias. Gaspar Chaverra y su *Rara Avis* es una de esas estaciones en las que vale la pena detenerse para comprender, para expandir horizontes de contrastes. No es que sus temas y formas se hayan superado, no se trata de obsolescencia, sino de apertura a los orígenes y tránsitos.

Cierta concepción tragicómica del mundo de *Rara Avis* sustenta momentos de desencanto y escepticismo, aunque también continuidad de orden; la tierra como dominio e identidad de una persona o de una comunidad está tan presente como ahora, arraigo y desarraigo, alegría y amargura de lo telúrico,

como frutos al sol o marchitos en la sombra; los intereses y ambiciones, evidentes para unos, enmascarados para otros, como juego de engaños y simulaciones, es en *Rara Avis* un estímulo inagotable de cómo la literatura cuestiona o reafirma la vida, o, más bien, de cómo la vida se refigura en la literatura.

Reeditar no es un trasladar un texto a un mismo u otro formato de publicación. Es dar una nueva vida, permitir que una obra siga en diálogo. Por ello, el primer movimiento es el cuidado y el respeto a ese pasado en el que sigue viviendo la obra. Y el segundo, y tal vez el más difícil, es cómo lograr darle una voz para que sea puente entre ese pasado y nuestro presente. Es como tratar de iluminar una opacidad desde lejos para percibir detalles, contornos, matices, pliegues. *Rescatar*, para esta colección, no es ir en el auxilio de obras, pues ellas no están moribundas; es despejar un camino para que ellas lleguen a nosotros, y a otros más, con la facilidad de lo que fluye porque aún tienen voz y palabra para ser escuchadas. Rescatar es alimentar el ansia de conocer, de *reconocer*, el deseo y el deber de estar junto a la memoria que define y que, al ser iluminada, también nos devuelve su luz. Rescatar es agradecer. Es celebrar. Conmemorar.

EDITORIAL EAFIT

RARA AVIS

NOVELA

I

En el opulento valle que riega el río Aburrá talando las tierras ribereñas, hay un rincón al medio día, llamado La Sabaneta, que debió ser el vientre de la fecundidad cuando lo ocuparon los conquistadores; porque hoy, después de dos siglos de surcarlo la reja del arado sin que el gañán se acuerde de la caricia del abono, mantiene lleno el hórreo y en pie la promesa de futuras cosechas que verdean en las robustas hojas del plantío.

Al sur de aquella tierra se levanta el cerro de Pandeazúcar; al norte es amplio el horizonte, y por los flancos oriental y occidental se perfilan sobre el azul purísimo del cielo dos ramales de la cordillera de los Andes. Aquel paisaje es notablemente hermoso, pero tiene la monotonía de lo perenne: la luz vivísima, el cielo siempre azul, el árbol eternamente vestido, el arroyo no descansa de chapotear y de correr, el mismo pájaro sobre la misma rama, julio igual a enero. Siempre la misma página del libro abierta en el romanticismo del verano.

Esta fue la tierra elegida por el asturiano Juan Vélez, con ojo certero, para fijar su residencia. Llamado El Melero por haber importado aquí la caña dulce y elaborado su jugo en la forma de miel y panela actuales, fue don Juan Vélez de Rivero el español de más honda prosapia que vino a Antioquia, si se exceptúa al Mariscal Jorge Robledo, más renombrado y famoso, como

de glorias cruentas, pero que no dejó descendencia. La de don Juan, por el contrario, se extendió y se extiende todavía con la prodigiosa fecundidad de la tierra originaria.

No estaba don Juan cortado al gusto de la estética moderna, y su fe católica, no exenta acaso de algunas supersticiones españolas, no se apuntalaba con el rodrigón de ninguna filosofía; y por eso, seguramente, era entera y profunda. Debajo de la roca primitiva de aquella naturaleza asturiana, cubierta con toda la frondosidad de la selva, estaba el oro puro, sin mezclas ni aligaciones de ninguna clase, y brillaba natural y espontáneo en rasgos de carácter varonil que la tradición guarda y trasmite, sin mucho fruto desgraciadamente. La sangre, sin la savia del cruzamiento, se esfuma al través de las generaciones, como las crecientes de las aguas al alejarse de su origen. Es lo que va sucediendo con los descendientes de don Juan, con raras excepciones que recuerdan el tronco de la casa solariega. Su vanidad, si alguna tuvo don Juan, la cifró siempre en su palabra recta y honrada como su buena conciencia. Sabía firmar a duras penas; pero tampoco lo había menester, porque él no hubiera puesto nunca su firma por caución de su palabra. Hombre de pelo en pecho, batía la tierra a pata limpia con su atalaje recio de manta y arpillera. No le apuraba la forma exterior de las cosas. Era de aquella escuela positivista de entonces, que se regalaba con el trabajo y se dormía, buchona de cena, después de rezar el rosario.